

EDICIONES
IDEALES

FRANZISKA
GAL



Escándalo em BUDAPEST

50 Gs



EDICIONES IDEALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

(Publicación semanal
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la 7ta. 11 bis Ediciones BISTAGNE BARCELONA



Año I

Número 12

ESCÁNDALO EN BUDAPEST

Superproducción, de extraordinario éxito, interpretada
por FRANZISKA GAAL y PAUL HORBIGER.

Dirección de
GEZA VON BOLVARY

Es un film de la
"UNIVERSAL" ALEMANA



Distribuido por
HISPANO AMERICAN FILMS S. A.
Mallorca, 220
BARCELONA

Argumento narrado por Dr. F. JIMÉNEZ

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Discos, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbadá, 16
Madrid: Cuarteto San Miguel, 11

IMPRESA INDUSTRIAL - Aribau, 133 - Teléfono 76807

Escándalo en Budapest

Argumento de la película

En el comedor de una casa acomodada de la campiña húngara a la hora de comer, un matrimonio de edad más bien madura consume diversas viandas entre sorbo y sorbo de café, conforme a la costumbre de centro-europa. Ella, fea y dueña al parecer de la situación en la sociedad conyugal, y él, con cara de no estar muy seguro de sí mismo frente a su media naranja.

—La señora Lannert—dijo ella mirando a su marido de hito en hito—ha telefonado diciéndome que su hijo viene de vacaciones mañana mismo. Tú ya sabes lo que eso significa, ¿verdad, Emilio? Te vas sin falta a invitar al muchacho a comer con nosotros, y le das a entender que se ponga bien guapo... Bueno, Emilio, ¿has comprendido o es que no piensas en el porvenir de tu hija?...

El tono de la esposa del pobre Emilio se fué agriando poco a poco a medida que éste perseveraba en su silencio, si bien al escuchar la última frase de reproche de ella se aventuró a opinar:

—¡No grites así! ¡A lo mejor no le gusta el chico!

—¡Tampoco tú me gustabas a mí, y, sin embargo, hemos sido muy felices! ¿Qué, no hemos sido felices?—le replicó ella.

—¡Pero si no he dicho palabra!—aseveró el esposo.

La linda Eva, hija de los señores Belogh, acababa de llegar como una loquilla pizpireta trayendo con su apetito más que regular una buena nueva.

—¡Mamaita, qué sorpresa! ¡Figúrate que Tini se casa! Sí;

con un tal Roland. ¡Qué bien he hecho al encargarme el vestido nuevo!

—El joven Lennert come mañana con nosotros—la interrumpió su padre—y tu madre querría que fueses amable con él...

—Papá, déjame. ¡Yo me voy a Budapest a la boda de Tini! —contestó Eva, mimosa.

La señora de Balogh no era del mismo parecer que su hija y le dijo en tono de reconvención:

—¡Eva! ¡No pensarás en serio ir a Budapest a esa boda, sobre todo después de haberse dedicado Tini al teatro!

—¿Por qué no ha de ir la muchacha?—intervino don Emilio. —Lo que querrás decir es que no debe ir sola y en eso te doy la razón. Yo iré con ella.

—¿Emilio! ¡No te metas donde no te llaman! Y en cuanto a ir tú con ella, prefiero que vaya sola. Sé muy bien lo que me digo y lo que quiero.

—Y yo también sé lo que quiero, mamá!

Y dejando en el acto de comer, salió, saltando y cantando...

Los esposos Balogh se miraron un momento mientras la loca Eva arreglaba sus maletas dispuesta a salir en el primer tren.

...

En Budapest, en la estancia de Tini Meller, se encontraban ésta y su prometido Roland. Tini daba órdenes a su doncella Sofia para que si viniera alguien no se la molestara, y en este instante Eva llamó a la puerta de la casa de su amiga y ambas recibieron la consiguiente alegría:

—¡Tini! Te felicito por tu próxima boda — exclamó Eva, abrazándola.

—No soy supersticiosa, pero es mejor que me felicites después del propio enlace—repuso Tini—. Ya sabes que no es la primera vez que Roland fija la fecha y luego siempre sobreviene algo más importante para él que la boda.

—Pero esta vez no se aplazará, mujer. Para un novio no debe haber nada más importante que su boda. ¡O se va a figurar ése que yo he venido a Budapest en balde!

Al propio tiempo, Tini, visiblemente intranquila, rogó a su amiga la aguardase un momento, pues quería preguntarle algo a Roland. Pero no bien hubo desaparecido Tini en las próximas estancias donde Roland esperaba impaciente, oyó Eva discutir a las novias.

—¡No tolero tus imposiciones!—gritó él, de pronto—. ¡El miércoles no tengo tiempo! ¡No es un pretexto, ni mucho menos, repito que no! ¿Lo oyes? ¡No quieras atemorizarme! ¡He dicho que el miércoles no puedo y basta! ¡Se acabó!

A las frases anteriores siguió un estruendoso ruido de vajilla rota y de puerta de cristales destrorada por la violencia al cerrarla, mientras que el tal Roland salía como una exhalación a la calle ante el asombro de Eva que, ocultándose apresuradamente, sólo pudo ver al prometido de Tini por las espaldas, poniéndose el sombrero y el abrigo sin detenerse al salir.

—Oiga... ¿Schulze, el viáfiero?... Aquí casa de la señorita Tini Meller... Mande usted a Karl... ya tenemos otra vez el mismo jaleo—decía Sofía, la doncella, al teléfono, sin que nadie se lo ordenase y como obedeciendo a una vieja costumbre.

Tini salió lloriqueando y echóse en brazos de Eva.

—¡Hija, ya le he conocido!—dijole ésta—. ¡Pero no te pongas así! Te ha dicho que el miércoles no tiene tiempo. Déjalo para el jueves.

—¡Pero si siempre dice eso, Eva de mi alma! ¡Fíjate, después de venir tú y de invitar a mis padres! ¡No, no puedo resistirlo!...

Hubo una pausa, y, de súbito, Eva exclamó:

—¡Tini! ¡Tengo una idea! Dime dónde vive Roland o dónde se hospeda en Budapest. Iré a verlo y le convenceré de que no debe aplazar la boda... y él me escuchará. ¡Ya verás!

...

En el Hotel Atlantic, uno de los más afamados y confortables de la capital de Hungría. El apoderado del célebre y genial músico Murray, un tal Stangl, socarrón y guardián constante del gran músico, cuyas horas vigila con verdadero celo, sale del cuarto del admirado artista que viene a dar un concierto a Budapest. En el preciso momento de traspasar el umbral de la puerta, una señora entrada en años, gordinflona y acaramelada, se dirige a él, toda atenciones y cortesía:

—¡Ah! Usted me perdonará. ¿Es usted el apoderado del señor Murray? ¿Con lo que yo deseo conocerlo personalmente? Quisiera pedirle un gran favor... eso si no le molesta, naturalmente... desearía un autógrafo suyo.

Ni corto ni perexoso, Stangl se dispuso, hinchado de orgullo, a satisfacer el deseo de la dama, sacando su estilográfica y disponiéndose a firmar el álbum que la señora le presentaba, cuando ésta le detuvo el brazo, diciéndole:

—¡Oh!... Perdóne... pero no de usted... sino del señor Murray.

Stangl no pudo soportar semejante descortesía y mirando a la strevida de pies a cabeza lanzó un "pach", añadiendo:

—¡Señora, haga usted el favor de no molestarme!

Stangl se había hecho destacar en pocos días en el Hotel Atlantic por ser un cinico "eñelotodo", entrometida como pocos y orgulloso de su especie de tutela sobre el virtuoso Murray. Esta vez fué con el conserje del Hotel Atlántic con quien Stangl se encaró entregándole importantes documentos suyos y de Murray, diciéndole:

—Guárdeme estos documentos en la Caja... ¡Ah! Y al señor Murray tienen que darle en seguida otro piano. El que le han dado ustedes es una carraca... ¡Hombre, le falta un do! A lo mejor se lo ha llevado algún huésped.

—Nada tendría de particular, señor Stangl—le repuso el Conserje—. El otro día uno se llevó un si... un si...llón.

Este diálogo fué interrumpido por un "mister" que, cargado de gemelos, aparato fotográfico, una guía, un bastón y un diccionario, se lanzó al Conserje, exclamando:

—¿En Hotel no haber Agencias de Viajes?

—Viajes, hombre, viajes—le repuso, amigable, Stangl—. Vamos a ver: ¿dónde quiere usted ir?

—Mi quiere ir a Montecarlo... a Estokolmo... a Biarritz...—se apresuró a contestar nuestro turista, pero Stangl, que no admitía bromas, le interrumpió:

—¡Eh! Despacio se va a Roma, querido amigo. Lo primero es saber adónde quiere usted ir. Conmigo no necesita usted Agencias ni Guías de Ferrocarriles. Déme usted un papel... Yo le aconsejo a usted que vaya a Venecia... Fijese usted. Salida: estación del Sur, a las 20.03... Llegada a Venecia a las 13.46. Salida de Venecia (allí no le obligarán a quedarse, si usted no quiere), a las 16.34; en Milán a la mañana siguiente... y a las 6.20 en Monte-Carlo... ¡Qué Agencias ni qué nada! ¡A mí me lo pregunta usted todo! ¡Si sabré yo eso al dedillo!

—Pero, ¿quién es ese chalado del 324 que se pasa desafinando todo el santo día? Si es verdad que es Murray ¡ya se podía ir a buscar caracoles!—dijo un viejo nervioso, quejándose al conserje del Atlántic.

—¿Murray un chalado? ¿Murray desafinar? ¡Todo un Murray!—le replicó, altanero, Stangl.

—Decía usted que mí salir con express a las 20 en punta?—intervino el inglés haciendo además de despedirse.

—¡Váyase usted a una Agencia de Viajes!...! ¡Un Murray desafinar! ¡Ea el colmo!—repitió Stangl, herido en su amor propio.

Murray, el afamado virtuoso, que ha logrado escapar a la vigilancia de su celoso apoderado Stangl, se encuentra en la ha-

litación del hotel número 324, rodeado de preciosas admiradoras a las que hace escuchar sus canciones favoritas.

—¡Oh! Precioso. Pero ¿por qué no podemos oír el vals?—dijo una de ellas apoyándose en su hombro.

—¡No! Imposible. Será mejor que fumemos. ¿No fuma usted?—respondióle Murray.

—¿Usted? ¿No nos tuteabas? ¿Ya no te acuerdas de la primera vez que viniste a Budapest... cuando nos llevaste al Monte Schwaben y a la Isla Margarita?...—intervino otra de las lindas visitantes.

—¡Ah!... Sí... Ya caigo... ¡Bueno, tocaré el vals! Pero, no; es imposible. Mi apoderado se enojaría conmigo. Y tiene razón. Si no me vigilara, me pasaría el día tocando cuplés y descuidaría mis ensayos para los conciertos—repuso Murray, acariciándoles las manos a unas y a otras.

Stangl acababa de llegar, sorprendiendo la horrible escena. ¡Estaba visto, Murray era incurable! Las mujeres, las dichosas mujeres le hacían perder el tiempo miserablemente, descuidando su divino arte por el que tanto se le admiraba y al que tanto debían ambos.

—¿Cuándo va usted a ser razonable, señor Murray?—le reprochó—. Ya le he dicho mil veces que debiera hacer "dedos" dieziséis horas diarias... en vez de tocar esas cosas... En seguida... ¡Vamos! ¿No me oyen?

Se dirigió a los percheros para darles sus prendas al mismo tiempo que las despedía. Asombradas ante semejante imposición, las damitas suplicaron ayuda a Murray con los ojos, y éste, comprensivo, pudo decirle a la más próxima, muy bajito:

—Esperadme en el invernadero... ¡Dentro de diez minutos estoy allí con vosotras!

Tal era Murray. Stangl tenía razón: "¡Incorregible!" Más de una vez se hubiese enamorado y tal vez estaría a estas horas casado con una de las muchas amiguitas y admiradoras que había tenido durante sus viajes, de triunfo en triunfo. Pero como Stangl le tenía completamente prohibido el enamorarse, cuando le observaba algo preocupado por alguna de sus preferidas, era él el primero en proporcionarle docenas de amiguitas para que inmediatamente olvidase a la dama de sus tormentos. De manera que era el propio Stangl el culpable de que él tuviese tantas admi-

doras y hasta amigos que incluso no sabía a veces de dónde le salían.

Eva Balogh, que se había propuesto, tal y como prometió a Tiní, pedir explicaciones a Roland, el prometido de aquélla, llegó al Hotel Atlantic, y pidió al conserje hablar con el mismo, e intentó ponerse al habla con él por teléfono, pero en la cabina del hotel hacía un cuarto de hora que estaba hablando un joven que por lo grueso y redondo ofrecía la mayor semejanza con un tonel. Eva esperó y esperó impacientada hasta ponerse completamente delante de la puerta de la cabina mostrando que no podía ni quería seguir esperando. Ni siquiera la tentativa de abrir la propia puerta de la cabina haciéndose la desentendida y pidiendo sus disculpas, tuvo éxito. Aquel fenómeno de gordura sostenía al parecer un idilio amoroso y reía, reía a carcajadas hablando y hablando sin fin.

Eva se paseaba por delante de la cabina observando al parlanchín incansable, hasta que por fin abrió enérgica la puerta de la cabina, mostrando su impaciencia; en el preciso momento en que aquél con cara de pascuas y retardándose de risa y de placer decía:

—¡Sí, sí, monadita, amor mío!...

Pero volviéndose furioso y frunciendo horriblemente el ceño ante tan extemporánea interrupción, increpó a Eva:

—¿Pero qué frescura es esa? ¡Qué significa tanta prisa!

Y volviéndose al aparato mientras Eva se retiraba azorada ante el empujón, terminó, es decir, siguió su idilio:

—No, ¡no era a ti!... Dispensa, vidita... ¿Cómo...?

¡Nada, que no había manera de separar a aquel tocino de la cabina, y al parecer aquello iba para rato! Conocida de ello, Eva se dispuso a aguardar en una mesita próxima, donde un caballero leía varios periódicos mientras comía unas pastas que

ofreció a Eva tras una cordial inclinación de cabeza y que ella con disimulo aceptó, sin duda para distraer su mal humor.

Mientras Eva esperaba, leyendo las últimas noticias de Budapest, Murray, saliendo de su cuarto, se tropezó con una admiradora entrada en años y de tipo provinciano, si bien bastante desecada y presumida a más de fea:

—¡Oh, perdón! ¿Es usted el famoso pianista Murray?—la interpeló—. Mi único deseo de hace mucho tiempo es tener un autógrafo suyo... ¿Me permite ofrecerle mi álbum? Pondrá unas palabras cariñosas a la muñeca, ¿verdad?...

—¿A la muñeca? ¿Qué muñeca?—dijo como haciendo memoria el mártir de su propia fama.

—¡Yo!—añadió la admiradora haciendo un mohín para aparentar más atractivos.

Murray, que estaba desgraciadamente acostumbrada a semejantes declaraciones femeninas, hizo un gesto de asombro por no haber oído en la cuenta y firmó sin más preámbulos en el álbum que la desconocida le sostenía.

En tanto, Eva Balogh veía con fruición que el "tocino azucarado", según ella bautizó para sus adentros al gordinflón que se apoderó del teléfono por más de media hora, según cálculo de ella misma, salía retorciendo casi de la cabina, dirigiéndole una mirada de extrañeza y de brusquedad al verla allí de nuevo. Eva se abalanzó al teléfono, y gritó:

—¡Oiga, oiga!... El Director Roland... ¿Cómo? ¡Ah! Usted mismo... Si... Oiga, señor Roland... Tini es mi mejor amigo... ¿Sí?... ¡No! No tiene usted razón, señor director... ¡Pienso en la pobre chica! ¡Ha invitado a sus padres, a sus amistades... Y me ha invitado a mí... ¡He venido expresamente a Budapest! ¿Cómo?... ¡Oiga usted! ¿En qué tono me habla usted a mí?... ¿Que habla usted como le da a usted la gana?... ¡Oh!... Desde luego, yo no soy quien arregla sus asuntos... Es que eso no es sólo un asunto de usted... también lo es de mi amiga Tini...

—Pero, ¿qué demonios pasa? ¡Hace media hora que estoy esperando turno para hablar al teléfono!—dijo el "tocel" volviendo a presentarse, abriendo sin miramientos la cabina y pretendiendo echar de la misma a Eva para apoderarse nuevamente del teléfono.

—¡En primer lugar, descúbrase cuando habla con una señorita!—le lanzó Eva sorprendida, sin separar el teléfono de la boca.

—Conformes... desde luego—le repuso el director Roland,

creyendo que la frase de Eva iba dirigida a él mismo—. Pero se lo digo a usted... ¡No quiera saber nada, nada más de Tini!...

—¿Conque nada más quiere usted saber ahora de Tini?... —le respondió Eva rechina después de lograr que el impaciente "tonel" se volviese a retirar y aguardase que ella terminase para proseguir él sus idilios acaparando el teléfono público del gran hotel.—Es decir—siguió diciéndole Eva a Roland—que no le da a usted ni vergüenza de decir eso...

—Es decir... el Tini está dispuesta a pedirme perdón... Pero, en tal caso... ¡Oiga!... ¡Oiga, señorita!...

Eva no pudo soportar aquella cínica manera de expresarse, refiriéndose a la que en pocas horas debiera ser su esposa, por parte del director Roland, y llena de ira, dispuesta a vengarse del monstruo aquél, colgó el aparato, desapareciendo como una exhalación, mientras el gordo le lanzaba una odiosa mirada y a su vez ocupaba pleno de satisfacción la cabina dichosa.

—¿El cuarto del señor Roland?—preguntó Eva al conserje, dispuesta a decirle cuatro verdades a aquél en su propia cara.

—¿De parte de...?—interrogó cortés el conserje.

—Sólo quiero saber la habitación que ocupa?—replicó Eva.

—En ese caso, lo siento, señorita... Pero, ahí viene precisamente el señor director... El señor aquel del bastón.

Desde el amplio patio del hotel, donde Eva se hallaba conversando con el conserje, se dominaba la galería del segundo piso por donde Roland apareció de perfil llevando un bastón en la mano para entregarlo al gran artista Murray, que se acababa de levantar de una mesita tras una ligera interviú con un periodista que le había estado acechando, olvidando su bastón. En efecto, pocos segundos después, Roland entregaba cortés el bastón a su dueño que, haciendo una reverencia de agradecimiento, descendió las escaleras dispuesto a salir del hotel.

Eva Balogh, que le vió bajar con el citado bastón de caña, no dudó un momento, en su nerviosismo, que se trataba del director Roland y le abardó, diciéndole:

—Perdeme usted... Quería sólo decirle... que... ¿Cree usted que eso puede quedar así?... ¡Prometer a una chica formal casarse y luego plantarla por centésima vez, sin más ni más!... ¡Eso es una canallada!

—Usted perdone—le respondió Murray lleno de infinito asombro—. Pero yo a nadie le he prometido el casarme...

—¿Aun se atreve usted a mentir?—le saltó Eva iracunda ante la tranquilidad de su interlocutor con quien ella suponía haber sostenido minutos antes la más acalorada discusión—. ¡Sí! ¿Eh?... pues tome usted... ¡nada más tenía que decirle!...—dijo, saltándole una tremenda hostiada y desapareciendo antes de que Murray se rehiciera de su enorme sorpresa.

El hostián que Eva dió a Murray no sólo fué más que regular sino que atrajo hacia sí las miradas de cuantos se hallaban en la galería y en el hermoso patio citado. Entre las personas que acudían a socorrer a Murray se hallaba el célebre gordo del teléfono que no pareció sorprenderse mucho del genio de la niña, si bien fué el primero en lanzar a los cuatro vientos su más lógica protesta por el hecho que acababa de presenciar. No habían transcurrido treinta segundos y ya Murray se encontraba materialmente asfixiado por los circundantes y curiosos que reclamaban noticias del suceso, interesándose además por los detalles de lo ocurrido así como por las consecuencias que para Murray el mismo pudiera haber tenido.

—¡Llamen inmediatamente a la policía!—gritaba el señor grueso al conserje, señalando la huida de Eva que se escabulló destizándose por entre unos y otros curiosos que, naturalmente, no se habían percatado aún del papel que ella desempeñaba en el suceso.

—¡No...! ¡La policía, no!—exclamó Murray sonriendo.

—¡La policía no tiene que ver nada aquí!—añadió el conserje para evitar los posibles perjuicios que se podían irrogar a la nombradía del hotel Atlantic.

—¿Pero qué ha sucedido?—dijo Stangl que acababa de llegar, pretendiendo imponer el orden; a lo que el señor grueso replicó:

—¿Pero no llaman a la policía? ¡Hay que llamar en seguida a la policía!

—¡Y dale con la policía! ¿Pero qué ha sucedido? Es lo primero—volvió a decirle Stangl con aire autoritario.

Murray estaba verdaderamente acosado. El uno le limpiaba el polvo de la chaqueta, el otro le cogía el brazo como si realmente hubieran herido a Murray, el otro de más allá se atrevía a cogerle el sombrero... y así cada cual pensaba prestar su ayuda al gran músico con el que de manera tan improvisada venían a entablar conocimiento. El revuelo pareció no sossegarse, especialmente a

causa del señor grueso que desafortadamente le decía a Stangl, suponiéndole persona de más mando en el asunto en que tanto interés él tenía:

—¡Hombre, a ver si hay alguien que llame a la policía! ¡Que se llame a la policía, esto no se puede tolerar!... ¡Si necesita un testigo, ya sabe usted, señor Murray!... ¡Lo he presenciado todo, todo!—decía, además, dirigiéndose al artista.

—¡No haga caso al gordo éste! ¡Se lo digo yo! ¿Qué es eso de empeñarse en llamar a la policía?—dijo en tanto Stangl a Murray, al mismo tiempo que cogiéndole del brazo decía al resto de los curiosos: Paso, señores, si no ha ocurrido nada...

—¡Si no ha ocurrido nada!—repitió Murray sonriendo de nuevo detrás de su apoderado Stangl.

Aquello se despejó un poco y cada cual volvió a lo suyo, excepto el señor grueso, que parecía dispuesto a que interviniese realmente la policía para castigar a la muchacha. En efecto, acompañando a Murray y a Stangl de nuevo a las habitaciones contiguas que éstos ocupaban y quedándose un momento a solas con el apoderado prosiguió lleno de saña:

—¡He visto muchas cosas en mi vida!... Pero que una señorita llegara a ese extremo ¡jamás!... ¡Conmigo tenía que haberlo hecho! Sí, empácese usted, ¡lo mismo intentó conmigo en la cabina del teléfono!...

—¿Una señorita ha llegado a...? En fin, ¿qué ha hecho? ¿Qué fué lo de la cabina? ¿Dentro o fuera de la cabina, decía usted?... ¿Pero y qué ha hecho con Murray?... ¡Eso, eso es lo que me interesa!...—le replicaba Stangl todo lleno de curiosidad.

—¿Pero, no se lo dije antes? ¡Le ha dado un bofetón!

Al oír estas palabras Stangl se puso como amurrado:

—¿Un bofetón de verdad, ha dicho usted?...

Y reponiéndose inmediatamente de la impresión del primer momento añadió con sangre fría, volviéndole las espaldas al señor grueso y dirigiéndose al aposento de Murray:

—Buena. ¿Y a usted quién le manda meterse en lo que no le importa?

Stangl se puso delante de Murray que como un pobre pecador avergonzado se hallaba junto a su piano, diciéndole que no podía comprender cómo habiéndole dejado minutos antes ejercitándose para el próximo concierto después de despachar a aquellas da-

mita, se hallase él en la escalera del Hotel en medio de semejante fregado.

—¿Si no me interpongo, llama ese señor grueso a la policía! ¿Y qué tal le hubiese parecido a Budapest un Murray mujeriego hasta el punto de tener que intervenir la policía? ¡Dígame la verdad, Murray! Usted estaba tocando, ¿Cómo se encontró usted fuera con el bastón en disposición de salir al minuto?... Y a propósito... ¿Se puede saber quién era esa señorita?

—¿Le juro, Stangl, que en mi vida la he visto!—dijo a esto Murray—. Al menos que yo recuerde, porque ya ni...

—¿De manera que se deja abofetear por una desconocida cualquiera?

—¡Stangl, si usted me obliga, le diré que usted tiene la culpa de todo!—dijo—. Usted, sí, usted tiene toda la culpa... Con su teoría de "en cada pueblo una novia"... Que será una teoría muy sana y muy santa para un artista por aquello de que no debo ligarme a nadie, y todo lo que usted quiera, pero que tiene sus consecuencias... ¡En cada ciudad otro amor, en cada viaje otra aventura para olvidar la anterior, en cada pueblo otra mujer, otra novia, como usted dice... ¡otro bofetón, digo yo! Pero eso, señor Stangl, se ha acabado... ¡En adelante haré lo que me dé la gana!...

—¡A estudiar ahora mismo he dicho, señor Murray, o todas nuestras ilusiones se echun por tierra! ¡No faltaba más! ¡A mí no se me impondrá usted mientras yo sea su apoderado y tenga que velar por usted y por sus facultades!... ¡A estudiar he dicho, y ya hablaremos de eso de hacer lo que le dé a uno la gana!—dijo Stangl mientras salía violentamente y cerraba tras sí la estancia del gran y excelso pianista.

* * *

Eva, que había salido más que asustada del Atlantic por las consecuencias que pudo haber tenido la bofetada dada al director Roland por el que ella tomó a Murray, se dirigió a casa de Tini inmediatamente en un taxi, sorprendiendo a ésta todavía sin haber tomado el desayuno que Sofía le había preparado, ni siquiera haberse levantado de la cama. Todavía llena del natural sobresalto, narró a su amiga los incidentes del hotel, desde que temprano, a eso de las 9, llegara dispuesta a pedirle explicaciones a Roland.

—¡Lo que oyes, Tini!... El muy cínico me dijo que no quería saber nada más de ti... Después le vi que bajaba las escaleras... La verdad es, Tini, que es un guapo mozo... Pero antes de llegar abajo, no pude resistir sus insultos y... le di un bofetón terrible...

—¿Un bofetón a mi prometido? ¿Ea que has venido a Budapest a abofetear a mi novio?—le recriminó Tini herida en su amor propio.

—Para eso no he venido precisamente... Pero, ya que estaba aquí, pensé...

Tini y Eva estuvieron a punto de perder la buena amistad que las unía, y sólo la coincidencia de que llegara Roland a casa de Tini pudo evitarlo. En efecto, al anunciar la doncella que era el señor director el que acababa de llegar, Eva no pudo contenerse exclamando:

—¿Lo ves? Un bofetón puede a veces hacer prodigios...

—¡Roland, dispensa, queridito! ¿Te duele?—le dijo melosa Tini a su prometido señalándole la cara.

—No, me he afeitado con una hoja nuevecita—dijo éste sin comprender bien. Pero antes de que pudiese pedir aclaración a la frase de su novia, ésta añadió:

—Eva, mi amiga, quisiera pedirte perdón... ¡Ahora un apretón de manos y a reconciliarse! ¿No le conoces, Eva?—dijo a ésta viendo su indecisión.

—¡Dios mío! ¿Entonces a quién le he dado yo el bofetón?

Las horas no habían transcurrido en balde. Apenas parecieron pacificarse los espíritus y hasta el mismo Murray comenzaba a olvidar el extraño incidente, cuando se presentaron en el Atlantic diversos representantes de los principales diarios de Budapest con la pretensión de hacer averiguaciones referentes al caso. ¡Claro, aquello constituía una sensación para la bella y pacífica ciudad de Budapest! Murray se preparaba para el gran concierto de aquella misma noche en la Embajada británica ante todo el cuerpo diplomático de la capital y lo hacía tan torpemente que ni el nudo de la corbata, sin la ayuda de Stangl, le hubiera salido bien en una veintena de intentonas. Por fin Stangl se fué a la cámara contigua donde Murray recibía, diciendo a los intranquilos reporteros:

—Señores redactores... Siento no poder disponer de mucho tiempo... Damos un concierto y...

—Sólo queríamos saber cuántas bofetadas le dieron—dijo uno de ellos.

—¿Cómo cuántas? ¡Ni una! En mi vida me han abofeteado. ¡No he hecho a nadie nada malo! Eso sí, en mi infancia me han dado algún que otro cachete... ¡Ah!, pero no en la cara... Ustedes hablan con Stangl.

—¡Ah! ¡El apoderado!—respiraron éstos—¿Y...?

—Pues estovo de un tris que no me la diese a mí, si llego un poco antes... Pero, oigan, oigan. ¡No hablen de bofetadas! ¡Eso fué una estupidez!...

En tanto Eva y Tina, ayudadas por Roland, tuvieron ocasión de telefonar al Atlantic averiguando que era nada menos que el virtuoso Paul Murray quien había recibido la bofetada terrible.

—¡Un hombre inocente! ¡Si al menos se hubiese defendido!... No dijo una palabra, al contrario, se sonrió como si me fuese a pedir perdón... ¡Jamás se me olvidará su fisonomía! Voy corriendo a presentarle mis disculpas...—dijo Eva inmediatamente al mismo tiempo que salía dejando a Roland y a Tina con la boca abierta—. ¡Equivocarse, todo el mundo se equivoca alguna vez!—añadió bajando ya las escaleras.



... llamó a la puerta de la casa de su amiga.



—¿Qué significa tanta prisa?



... con disimulo aceptó...



... soltándole una tremenda bofetada.



—¿Le ha dado un bofetón!



... se impuso doblemente en el "Atlantid" la figura de Eva con aquella fama después del día de la bofetada.



—¡Si hasta se dejó aquí sus zapatillas!



... mientras Eva y Paul se abrazan...

* * *

En la Embajada donde se verificaba la recepción existía un verdadero apasionamiento por oír la música de Paul Murray. Los huéspedes iban llegando con puntualidad, siendo objeto de los honores que por parte del lord y su esposa se les hacían. Stangl recorría las estancias del espléndido edificio acompañado de cierta baronesa, íntima de los embajadores, quien le daba explicación de los muebles y objetos de arte que iban admirando.

—Mi querido Stangl... ¿Qué música nos ofrecerán ustedes esta noche?—dijo la baronesa, que semejava una vieja figura de cartón.

—Con preferencia, señora baronesa, tocamos Beethoven... Una vez en Copenhague, la prensa... ¡Oh!, ¿de quién es ese cuadro?—se interrumpió a sí mismo Stangl.

—Una de las antepasadas de la Embajadora... Fué una mujer famosa a la que no se sabe por qué causas su marido la mandó emparedar viva... Tratándose de mujeres—según la baronesa—uno no sabe nunca los verdaderos motivos de semejante decisión... pero tal vez podemos imaginarnos lo que ocurrió... Tal vez algún atrevido galán... En cambio esta otra... también de brillante historia... ¡aparece cada noche a las doce en punto en esta casa, aunque ello parezca mentira!

—¿Quién, ésta misma?—repuso asombrado Stangl, señalando a la horrible vieja de huesudas facciones y ojos de bubo, retratada en el hermoso cuadro—. A ésta sí que la hubiese mandado yo emparedar, si bien es una bárbara costumbre... Pero es que hay mujeres que se lo merecen... Hoy por ejemplo, señora baronesa, una mujer enormemente pequeñita... Bueno, ¿usted, conoce a Murray?... Alto, guapo, ¿verdad?... ¡Pues una mujer insignificante le ha...!

—¡Stangl, Stangl! ¡La mujer ha aparecido!—entró diciendo Murray precipitadamente.

—¿Ha aparecido de verdad?—repuso Stangl con los ojos desenfados, creyendo que se trataba de la mujer del cuadro—.

¡Pero si la baronesa ha dicho que es a la hora de los espíritus cuando aparece!...

—Stangl, ¿está usted loco?... ¡La mujer del hotel está aquí! —repitió Murray—. Hable, hable usted inmediatamente con ella... ¡Figúrese que pregunta por mí! Dígale usted que no he llegado; que estoy de viaje, en fin, algo... ¡Pero, por Dios, Stangl, que no haya un escándalo!

—Señor Murray ¡cuando yo arreglo las cosas!...—dijo Stangl guiñando el ojo al artista para infundirle valor y confianza—. Ahora si usted oye algún estallido, entonces es que me ha dado a mí otra hostetada...

Stangl salió esperanzado en poder desembarazarse de aquella mujer que a lo mejor vendría dispuesta a tomar venganza para obligar a Murray a casarse con ella que es lo que ambos se venían suponiendo. Al toparse con la dama, que era Eva Balogh, Stangl se adelantó a darle toda clase de explicaciones sin que ella hubiese tenido tiempo de abrir ni los labios.

—Verá usted—le decía Stangl—. Lo hecho no tiene remedio... Supongamos que el señor Murray se ha merecido eso... Si, él mismo lo reconoco. Y es natural... No está bien lo que él hace... Eso de tener una novia en cada ciudad y... Pero usted es una muchacha inteligente, y Murray no es el hombre que le conviene a usted... ¡Siga mi consejo y olvidele usted, señorita!

—¡Ah! ¿El señor Murray cree que por eso yo?... ¡No lo comprendo!—dijo Eva.

—Sí... Eso... Naturalmente... ¡Por eso mismo! Murray no le conviene a usted. ¡Le digo que es usted una muchacha inteligente! ¿Sabe? En cada ciudad otro amor. Es la vieja costumbre suya. Al fin y al cabo es un artista. ¡A usted le conviene olvidarlo, señorita!

Y repitiendo meloso estas frases casi al oído de Eva, Stangl la fué acompañando hacia la salida, yéndose luego a ver a Murray sin preocuparse de si Eva se marchaba o no.

La situación resultaba por demás cómica. Murray estaba que no le tocaba la camisa al cuerpo hasta saber que aquella mujercita se hubiese alejado de la Embajada. En tanto que Stangl, orgulloso de haber, según creía, convencido a la muchacha, no se fijaba en que la misma seguía de nuevo sus pasos: dispuesta a pedir perdón a Paul Murray por el grave insulto que le había inferido al abofetearle en pleno hotel Atlantic confundiéndole con

el director Roland por culpa del conserje. En el preciso momento de descubrir Stangl a Murray, se hallaba éste conversando con su Excelencia el Embajador.

—¡Ya está todo arreglado! Escuche... hablé con ella... ¡Uy! ¡Qué mujer más pequeñita, señor Murray, ha ido usted a escoger!... comentó Stangl.

—¿Por qué me interrumpe mientras hablo con su Excelencia?—dijo Murray airado sin dejarla seguir, al bien estaba ardiendo en deseos de saber cuál sería su suerte.

—¿Este es una Excelencia?—replicó Stangl refiriéndose al Embajador, y agregó—: ¡Cuando yo arreglo una cosa, señor Murray! Le dije: Señorita... usted es una chica inteligente...

—Pero ¿se ha marchado o no?—inquirió Murray nervioso.

—¡A mí me prometió irse!—repuso Stangl confuso.

Eva, que había seguido a Stangl, acababa de acercarse al grupo. Al verla, Murray ofreció sus respetos al Embajador y separándose vivamente inquieto se dispuso a escuchar a la joven, a la que comenzó por dirigir una sonrisa.

—¿No le molestará que haya venido? Le confieso que lo que ha dicho su secretario me ha ofendido mucho...—fueron las primeras palabras de Eva dichas con bastante melosidad.

—¿Mi secretario?—dijo Murray—. ¿Qué le ha contado? ¿Qué le ha dicho de mí?...

Eva pensó que lo mejor sería cambiar los papeles toda vez que sin quererlo se había enamorado del apuesto Murray. Y decidida a ello siguió:

—Me dijo que usted no me recordaba en absoluto...

—¿Eso le ha contado? ¡Si la recordaré yo a usted perfectamente! Stangl es un embustero, señorita... Yo... es que... tuve que marcharme de Budapest repentinamente la última vez... y... perdí su dirección... pero todavía sé que la apunté en mi carnet. Me acuerdo muy bien de cuando estuvimos juntos en... allí... ¿no fué en la lala Margarita... o en el Monte Schwaben...? ¿Ve usted cómo la recuerdo a usted perfectamente? ¡No puede imaginarse lo que siente Stangl! Su nombre de usted era...

—Eva Balogh—le dijo atenta ésta.

—¡Claro! Señorita Eva... ahora recuerdo perfectamente su nombre. ¡Este Stangl es un embustero! ¡Tiene usted que tener mucho cuidado con sus mentiras!... Verdaderamente a mí se me hace imposible comprender cómo uno puede llegar a inventar semejantes cosas...

Murray no sabía cómo dar feliz término a aquella entrevista sin que la linda Eva tuviera otro posible arrebató. Por fin ésta, que interiormente estaba encantada de hombre tan delicado y afable, le sacó de su embarazo preguntándole a su vez si conservaba sus mismas habitaciones en el hotel Atlántico.

—Siempre que vengo a Budapest, señorita Eva, ocupo las mismas habitaciones... Son dos habitaciones muy hermosas... ¿Recuerda el piano que le faltaba un *do*?... ¿sí?... pues sigue sin el *do*... entonces estaba demasiado apartado de la ventana, y ahora, en cambio, lo tengo disfrutando de una vista excelente. Me ejercito para mis conciertos... Y el dormitorio... ¿se acuerda?... Aquella pintura que representaba tres pepinos la mandé quitar... no era adecuada para un dormitorio... Stangl no lo había advertido tan siquiera. ¿No merecería que lo echara?...

—¡Naturalmente! — replicó Eva—. ¿No es una pintura que pueda llamar la atención en un dormitorio, y más siendo de un gran artista!

—¡No, señorita Eva! Me refiero a Stangl. ¡Echarlo por mentiroso! Y no merecería otra cosa...

Si el aprieto de Murray era grande por salir del paso con Eva a la que seguía temiendo, no lo era menos el de la misma Eva que se veía envuelta en una serie de enredos cada vez mayores con aquel hombre que de tan buena fe hacía memoria de cosas y hechos para ella completamente nuevos. Pero ¡qué caramba! Eva se había enamorado de Paul Murray y estaba dispuesta a sufrir hasta lo último las consecuencias buenas o malas de su "conquista".

Aparte, uno de los huéspedes señalaba desde una galería de la primorosa mansión a Murray y decía a otro compañero:

—Allí le tiene usted... ¡Un artistazo!... Pero así y todo, hoy mismo, una mujer "pequeñita" le ha soltado una bofetada bien "grandecita". Las causas se desconocen aún... pero si que se murmuraba algo de mujer abandonada, o amante, o cosa que se le pareciera... ¡Vida de artista! ¡Tiene un secretario o apoderado que en cuanto a frescura es una verdadera lechuga, y en cuanto a cinismo o desahogo, no hay más que desear... ¡Un tal Stangl, que anda por aquí!

Una carcajada dió término al monólogo anterior, al mismo tiempo que desaparecían las siluetas de ambos personajes por el fondo de la galería.

Eva y Murray siguieron en tanto su diálogo que parecía transformarse en idilio.

—¿Se acuerda de aquel vals, Eva?

Murray le tarareó a Eva una canción al oído.

—¿Que si me acuerdo?... ¡Pero si lo compuso usted para mí!... ¡Qué mala memoria tiene!

—¡Lo que son las cosas! Sí... claro... ¡Exclusivamente para usted! No comprendo como no me he acordado al momento...

—Usted tiene demasiadas cosas en que pensar, señor Murray, y no tiene que apurarse. Es un vals precioso, ¿Quiere usted recordarme la melodía de la segunda estrofa? ¡La letra le salió a usted admirablemente!

—Se la cantaré una vez más, bajito... así, bajito—repuso con dulce sonrisa Murray aplicando su boca al oído de Eva que se sintió más feliz que nunca mientras escuchaba del envidiado maestro la canción deseada:

"Pequeña melodía,
Dulce melodía,
¡Yo soy feliz
desde aquel día
en que mi corazón
compuso esta canción
sólo para tí!..."

Murray se separó un poco de Eva:

—Eva, tengo que dejarla. Mi concierto va a empezar... Espérame aquí... Después podemos marcharnos juntos... Pero, querrá usted oírme ¿no?... Pase, pase usted... Hasta luego...—se despidió Murray dirigiéndole una ardiente mirada.

Entre la multitud que comenzaba a invadir la sala de audiciones de la Embajada, Eva quiso unirse a los invitados cuando fué descubierta por Stanzl, quien se apresuró a «uplicar personalmente a la Embajadora:

—¡Ahí viene! ¡Es una mujer peligrosísima! Si esa mujer ve a Murray armará un escándalo formidable... ¡Señora Embajadora!...

Minutos después un lacayo bien enfundado en su flamante librea se acercaba sigiloso a Murray, diciéndole en medio de una reverencia:

—El señor puede estar tranquilo... Todo está arreglado... La señora del Hotel estuvo aquí... Por fortuna ha sido vista a tiempo y por órdenes personales de la señora Embajadora ahora mismo la están echando...

Murray no aguardó más. Como si le hubieran arrojado un jarro de agua fría y maldiciendo para sus adentros a Stangl, al que consideraba culpable de mucho de lo que le venía ocurriendo, se lanzó a la salida para impedir se consumase la vil acción de echar a empellones a su linda amiguita Eva Balogh. Esta se debatía en aquel momento con los lacayos gigantescos que le decían:

—Perdone... Pero la señorita no puede entrar... Esté segura de que no se trata de ningún error. ¡Son órdenes severas de la señora Embajadora!...

—¡Señorita Eva!—suspiró Murray, interponiéndose entre ella y ambos lacayos.

Ambos servidores se retiraron al ver la protección que el gran Paul Murray dispensaba a la desconocida, esperando impacientes la retirada de ésta que, sin dejar que Murray siguiese, le dijo en tono suplicante:

—¡Vuelva usted allá!... Esos señores se molestarán... Le estarán aguardando...

—¡También me ha molestado yo!—repuso Murray ofreciéndole su brazo—. ¿Usted no se ha molestado?... Pero lo sentirán... Ahora mismo me marchó con usted... ¡Vámonos!

Eva, accediendo a los deseos de Murray, se dejó guiar por vez primera del hombre al que al fin había conquistado. Paul Murray no supo adónde encaminarse con su bella amiguita. Al fin y a la postre era lo mismo. Al Hotel, a casa de ella, en fin, donde Eva misma dijese.

—Si me promete usted que el camino hasta donde quiere que la acompañe es largo, me quedará con usted... ¿me lo permite?—fueron las primeras palabras de Murray a Eva una vez ambos en la calle.

Y se fueron alejando de la aristocrática mansión sin preocupaciones de ningún género. Murray estaba seguro de que Stangl sabría solucionar aquello de su ausencia; para eso era un cinico y un embustero; precisamente para tales ocasiones se pintaba solo, le explicaba a Eva para tranquilizarla.

En efecto, Stangl iba a arreglar lo de la ausencia del virtuoso

al que aguardaban impacientes en la sala de actos el cuerpo diplomático y las damas emperifolladas de la alta sociedad de Budapest. La falta de Murray se echó de ver inmediatamente, y fueron los mismos lacayos los que denunciaron a la Embajadora lo que habían presenciado.

—¡No tema, señora Embajadora!—decía Stangl a ésta—. ¡Murray volverá!... ¡Si lo conoceré yo!... Ya sé que es muy desagradable esperar... ¡Pero quién sabe lo que estará haciendo a estas horas ese gran hombre! No puede tardar. Entretanto, yo mismo voy a distraer a su Excelencia y a los invitadas.

—¡Oh! Sería nuestra salvación. Tal vez puede usted daros una conferencia sobre Beethoven, señor Secretario—dijo la Embajadora.

—Déjelo en mis manos... Yo sé lo que le gusta a la gente... ¡Confíe en mí!—volvió a decir el charlatán de Stangl.

Dirigióse al salón donde mirando el reloj, muchos de los embaixados comenzaban a impacientarse de veras, y sin más preámbulos y usando de una sultura que helaba, comenzó a decir:

—¡Respetable público!... ¡Les pido mil perdones por el retraso de Paul Murray!... Pero ya les aseguro que mientras regresa les voy a proporcionar un rato de distracción colosal... Voy a presentarles un maravilloso juego de prestidigitación... Señores—y Stangl acompañaba sus palabras sacando de su bolsillo un saquito negro para tales juegos—, aquí no hay trampa... Nada por aquí... Y nada por este otro lado... Sin preparación ninguna ni doble fondo... Si hay alguien que quiera examinarlo, está a su disposición... Ahora cojo este huevo y lo hago desaparecer dentro del saquito, ¡ni más ni menos!...

No bien había llegado a estas palabras Stangl cuando comenzaron a levantarse los concurrentes al concierto hasta tal punto que en un santiamén la sala se vació. Claro es que los Embajadores no estaban dispuestos a que aquello quedase así, pero ¿quién era aquel mal educado de Stangl para pedirle explicaciones? Le hablarían a Murray en persona. La indignación de los Embajadores no tenía límites.

Entretanto Murray y Eva seguían paseando. El anhelo de andar juntos les dió alas a ambos y sin darse cuenta cruzaron calles y calles de la romántica ciudad. En un pórtico antiguo se dibujaba la silueta de un soldado abrazado a su novia a la que besaba ante los asombrados Eva y Murray repetidas veces.

—¡Parece mentira que no les dé vergüenza a esos dos... así en plena calle!—dijo Eva.

—¡Esas casas antiguas tienen esa ventaja!—repuso Murray endulzando la frase de Eva—. Así, cuando llueve, uno se cobija debajo... y si no llueve... bueno, entonces hacen lo mismo... ¡verdad, Eva?...

Había transcurrido un cuarto de hora. Eva disponíase ya mediana la noche a acostarse en la cama que tenía junto a la de Tini en casa de ésta. Por muy silenciosa que Eva entrara, su amiga se despertó restregándose los ojos y diciéndole:

—¿Tú, Eva? ¡He tenido un sueño hermosísimo!... ¿Has hablado con él?... ¿Lo has arreglado todo?

—Sí... le he perdonado—contestó friamente.

—¿Tú le has perdonado?—repuso Tini incorporándose sin llegar a comprender si seguía soñando o estaba despierta.

—¡Claro! Yo le he perdonado... ¿Te parece bien haber querido besarle... a una chica como yo?... ¡Yo le he devuelto el beso!... ¡pero figúrate qué feoscura la de él!

En tanto, Murray se fué derecho, contento como unas pasas, al Atlantic después de saborear los besos de Eva e incluso dispuesta a no dejarse mandar por Excelencia alguna o hasta llegar a despedir a su secretario si esta vez se oponía a su ídilio con Eva, la deliciosa señorita Balogh.

No bien había tomado Murray su desayuno a la mañana siguiente cuando antes de disponerse a cambiar sus nuevas impresiones con Stangl, le llamaron por teléfono.

—¿El director Roland?... Sí; aquí es Paul Murray... ¿Que no me encontró usted en todo el día?... ¡Ah! lo del bofetón... ¡No hablemos más de eso, no tiene importancia hoy ya!... ¿Que ha sido desagradable para usted?... ¡Pero si fué a mí al que se lo dieron!... ¡Ah! iba destinado para usted... Pues de usted fué la suerte, señor director... ¡Es increíble!... ¡Qué embustera! De todas maneras le doy a usted muchísimas gracias...

Después de las aclaraciones debidas a Roland, ahora sí que no se explicaba Murray aquello. Eva Balogh o era muy lista o era muy tonta. ¿Por qué no le había dicho la verdad después de lo sucedido? Es verdad que las mujeres son partidarias del proverbio que dice que: "la Mentira hace muchas bodas y la Verdad deshace más aun"; de todas formas se inquietaba Murray por una idea: la de volver a ver a Eva, y eso lo más pronto posible. La muchacha había ejercido sobre él enorme influencia y una atracción incomprensible, y ni siquiera el saber cómo sa-

bía ahora que estaba jugando con él fué bastante a quitarle de la oscura el afán de entrevistarse con ella.

Eva por su parte hablaba en casa de su amiga Tini, de la bondad, del talento y de la agradable figura de Paul Murray.

—No tengo ni apetito, Tini—le había dicho a su amiga—. No puedo probar bocado siquiera... ¿Qué hacer, Dios mío?... Yo me voy ahora mismo a contarle toda la verdad... ¿Te parece a ti que deje esto así?... Oye, Tini, ¿crees tú que Murray me quiere?...

—¿A quién besó anoche?—le preguntó lacónica y guiñándole un ojo.

En tanto, Stangl llegó con la prensa al hotel y se sentó cerca de Murray dispuesto a hablar de sus proyectos. Entre frase y frase, aquél hojeaba el periódico cuando de pronto hizo una pausa, se mordió los labios y leyó en voz alta:

UN ESCANDALO EN EL HOTEL ATLANTIC

Paul Murray el famoso pianista, es abofeteado en pleno vestíbulo por una señorita.

—¡Ajá! Ya lo tenemos... Siga...—dijo Murray.

—No hace falta, señor Murray... Ya sé quién es esa joven... Me he enterado esta mañana en una Agencia de Informes... Es una chica completamente decente, y de muy buena familia... Escuche la carta: "Correspondiendo a su atenta carta pidiendo informes de la señorita Eva Balogh..."—y Stangl leyó a Murray íntegra aquella carta que el pianista escuchaba boquiabierto, diciendo al fin a su apoderado:

—¿Pero qué tonterías hace usted?... Lo que yo no me puedo explicar es por qué me mentaría la muchacha, Stangl... Y aparte todo debo decirle que estoy muy descontento de usted... ¡A nadie se le ocurre guardarle todo género de consideraciones a, semejante señorita!...

—¡Usted siempre metiéndose conmigo! ¿Quién fué el que salvó la situación cuando lo del concierto en la Embajada sino yo mismo? ¡A no ser por el saquito mágico y el huevo!...

Pero Murray puso fin a aquella conversación metiéndose en la estancia contigua después de dar tras sí un tremendo portazo, pues le tenía prohibido a Stangl entretenerse ni entretenerle a

él con el estúpido juego de prestidigitación. Y es que Stangl para distraer sus ocios mientras el maestro se ensayaba en sus largos conciertos, había adquirido un libro de juegos de mano, aunque no tenía para ello ninguna habilidad.

Stangl, sin embargo, siguió a Murray frotándose las manos y señalándole un montón de paquetes sobre las sillas y el sofá, comenzó a desatarlos logrando con sus nuevas chanzas captarse de nuevo la voluntad del bueno de Murray.

—Vamos a ver, Stangl: ¿Echó usted la carta? ¿Compró usted las flores? ¿Trajo usted las zapatillas?... Pero esas son del número 36, ¡por Dios, Stangl! ¿No le dije a usted que quería el número 40?...

—¡Con el diez por ciento de las flores... de los pasteles y pastas... y de aquí... usted dirá si no viene exacto el número!—contestó Stangl cuyo orgullo canaístia en rebajar todo en un 10 por ciento de las cuentas de Murray, con lo que él decía aborrecerle al maestro una fortuna en gastos diarios.

—¡Está usted inspiradísimo, Stangl, pero no creí que tuviera que rebajarle al número de las zapatillas el 10 por ciento; en ese caso debí pedirselas del número 50!... No me martirice y haga el favor de dejarme descansar; y si viene alguien ya sabe; sólo estoy visible para la señorita Eva... hasta que ella se marche, por supuesto—terminó Paul Murray acercándose a la ventana para admirar el paisaje de Budapest que tan bello se ofrecía a su vista.

* * *

En casa de Tini, Sofia, la doncella, se hallaba sola, esperando los acontecimientos. Con una mejilla completamente enrojecida, salió a abrir la puerta a Eva Balogh que acababa de pulsar el timbre.

—¿Ha venido el señor Roland, Sofia?—le dijo a ésta, al mismo tiempo que, observando lo encendido de su mejilla, le añadía—: ¿Qué le ocurre a usted?

—¡No, nada, señorita!... Pero la señorita misma tiene la culpa... Hemos leído en el periódico lo del asunto suyo en el hotel Atlantic mientras mi Karl, el aprendiz del vidriero, arreglaba los cristales... porque somos novios desde hace ya siete años... y va y me dice: "Me gustaría que alguien me diera a mí una bofetada"... Y yo fui y le dije...: "Pues es muy sencillo"... Y va y me dijo: "Ya quisiera yo ver eso"... Y fui le dije: "Pues... pues vélo"... y fui y le arreé una guantada. Tuve valor, señorita, porque mi Karl es muy fuerte, como un atleta, y fué y me dijo: "Pues toma para aliviar"... y me arreó dos guantazos en este lado... y fué y se fué...

—Pues... saludos a su robusto Karl—le dijo Eva—, y diga a la señorita Tini cuando venga que volveré más tarde.

* * *

Al hotel Atlantic donde Eva se dirigía al abandonar de nuevo la casa de Tini, acababan de llegar varios periodistas ansiosos de entrevistar a Paul Murray. Tras largas discusiones lograron convencer a Stangl, el cual se decidió a decirle a Murray, al que sorprendió preparando su mesa y sus flores con el té y pastas dispuestos para la llegada de Eva.

—¡Vaya usted a hablar con los periodistas, señor Murray!

—¡Nada, hombre! Ya sabe usted que espero visita... Diga usted a esos señores que siento que el concierto no se celebrara...— le respondió Murray.

—¡Es que se empeñan en saber por qué no se celebró!...— repuso malhumorado Stangl, desoso de quitarse de encima a aquellos importunos.

—¡Bueno, pues dígales usted que estoy enfermo!—añadió entonces Murray—. Además, es cierto que me encuentro mal... ¡Del estómago!... ¡Hábleles usted, yo no sé mentir!...

Al hotel acababa de llegar Eva Balogh que aun no había tenido ocasión de decir a Murray toda la verdad del caso. Así es que Murray se negó rotundamente a dejarse entrevistar por los periodistas, mucho menos no sabiendo qué disculpa dar a la prensa por lo ocurrido en la Embajada. Al entrar Eva en el Atlántico, todas las miradas se volvieron mecánicamente hacia ella, y cuando subía en el ascensor al cuarto de Murray dió la coincidencia que el señor gordiñón subía del principal al tercero, llevándose tal impresión al verla que con cara de atemorizado y dando a la señorita la espalda pidió inmediatamente bajar en el piso primero, como así lo hizo. Ahajo, el conserje, pacificó a los curiosos diciéndoles que se trataba de una antigua conocida del gran pianista, según había podido aclararse.

—¡Ha sido usted muy amable viniendo a verme!—dijo Mu-

rray cuando entró Eva en la habitación suya tomó asiento en la mesa sin aguardar su invitación.

—Señor Murray—observó Eva con mimoso gesto—, qué curiosos son los huéspedes de este hotel. Encuentro que no guardan consideraciones a nadie.

—¡No le extrañe, señorita Eva!—replicó Murray—. Si es preciso me marcharé a otro hotel... ¿Querrá usted tomar el té en seguida? ¡Ah! Y estas flores se las encargué a Stangl para usted... ¿Le gustan estas flores, Eva?... ¿Encuentra usted algo cambiada mi habitación?... Todo está como usted lo dejó hace un año cuando estuvo aquí por primera vez... ¡Excepto el piano y el cuadro del dormitorio!... Eva, tengo que decirle que me sentí muy feliz anoche...

—¡Yo también... y todavía lo soy!...—repuso Eva separando sus bellos ojos de los de Paul Murray.

—¿Me permite hacerle una confesión?...—agregó éste—. Yo, la verdad... al principio no podía recordarla a usted... pero me fué sólo cosa de un instante... Después, ¡claro!... cuando regresé a mi habitación tras nuestro primer encuentro, lo recordé todo de pronto... Y supe en seguida exactamente dónde y cómo la había conocido a usted... ¡Aquella tarde de hace un año que tan feliz la pasamos juntos aquí... apareció de pronto en mi mente!... ¿No fué hermosa aquella tarde, Eva?

—¡Oh!—repuso Eva—, no hablemos de entonces... ¡Hablemos de anoche; lo prefiero!...

—Usted vino—siguió Murray sin apenas escuchar la última frase de Eva— para pedirme un autógrafo... pero, se quedó aquí... Después, poco a poco, fué usted acercándose a mí... y, de repente, me dió un beso... Yo me asusté... y por la noche, después del concierto, sin imaginármelo siquiera, volvió usted a mi estancia...

Paul Murray, narraba sus recuerdos como transportado a su pasada dicha, si bien pretendiendo conocer los sentimientos de Eva. Pero ésta no pudo contener su dolor moral ante las últimas frases de Murray que al parecer, sufriendo un grave equívoco, le repetía una aventura ocurrida con sabe Dios qué beldad, pero que desde luego no fué, no había podido ser ella... ella que estaba enamorada apasionadamente de aquel famoso artista por quien sintió de pronto unos horribles celos.

—¡¡Por la noche también!... ¡Oh! Me marchó... Aquella

mujer que estuvo aquí para pedirle su autógrafo... y se quedó a tomar el té... y luego volvió por la noche... ¡¡¡no era yo!!!

Y Eva sollozó. Pero Murray, despiadado y decidido a llevar su prueba hasta lo último, añadió como sorprendido:

—Pero, Eva... ¿Cómo puede usted decir eso?... ¡Si hasta se dejó aquí sus zapatillas!...

En la habitación que servía de antecala a los visitantes de Murray, Stangl se debatía aún con los periodistas a los que procuraba distraer en vista de su testarudez por ver al gran virtuoso.

—Como les decía... ¡No ha habido tal bofetada! Toda, toda ha sido una pura invención... las envidias que hay contra Murray... Ya saben ustedes, señores periodistas... todos los grandes hombres sufren esta persecución... La joven se equivocó lamentablemente... y dió sus disculpas... ¡Todos nos equivocamos una vez! Yo siempre le he dicho al señor Murray, que es bueno como el pan bendito, que no debia ir solo por el mundo... ¿Qué es lo mejor en esta vida? ¡El matrimonio!

—¿Es usted casado?—le preguntó uno de los periodistas.

—¿Quién, yo?... ¡¡¡No!!!—repuso Stangl.

—Dígale al señor Murray que queremos hablarle un momento nada más—volvieron a suplicar los reporteros que no parecían dispuestos a cejar en su empeño de interrogar personalmente a Murray.

—¿Tienen ustedes casualmente un huevo?—propuso Stangl para distraer a aquellos individuos a los que no podía ochar de ninguna manera—. Y si no, lo pediremos... Casualmente tengo aquí un saquito mágico... Un momento... ¡Les haré desaparecer el huevo como por encanto!...

Y haciendo como que salía a buscar el huevo para mostrar su experimento, Stangl se dirigió a la estancia de Murray, a fin de rogarle que aunque sólo fuese por un momento se aviniese a despedir a aquellos hombres a los que no había medio de convencerles de que se marchasen. Eva salió al corredor disimulando, mientras Stangl hablaba con Murray, quien le decía:

—¡¡Stangl, Stangl!!!... ¡No puedes imaginarte cómo me quiere!...

—¿Pero ha de saberlo todo el mundo?—le interrumpió Eva asomando la cabeza por la puerta que había dejado entreabierta.

—¡Claro que no!—repuso Stangl severa, como reprochando a Murray, al mismo tiempo que se apresuraba a salir de puntillas

de la estancia mientras Eva y Paul Murray se abrazaban dándose un ardiente beso. Y despidió a los periodistas... mientras Eva y Paul hablaban de su próxima boda.

FIN

Números publicados:

REINA EL AMOR, por Claudette Colbert y Frederick March, etc.
EL PODER Y LA GLORIA, por Colleen Moore y Spencer Tracy.
LA VIDA EMPIEZA, por Loretta Young, Tommy Brown, etc.
SU ÚLTIMA PELEA, por Douglas Fairbanks, Jr. Loretta Young, etc.
JUSTICIA DIVINA, por Charles Laughton, Maureen O'Sullivan, etc.
TIERRA DE PASIÓN, por Clark Gable, Jean Harlow, etc.
CONGO, por Lupe Vélez, Conrad Nagel, etc.
NOCHE TRAS NOCHE, por George Raft, C. Camminas, etc.
ENTRE LA ESPADA Y LA PARED, por Tallulah Bankhead, Gary Cooper, Charles Langton, etc.
EL ÁGUILA Y EL HALCÓN, por FREDRIC MARCH, etc.

Próximo número:

PIMIENTA Y MAS PIMIENTA

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Últimos éxitos publicados:

EL CAFÉ DE LA MARINA

por Rafael Rivelles, Gíliberta Rougé, etc.

EL AGUA EN EL SUELO

por Maruchi Fresno, Luis Peña, Nicolás Navarro, etc.

El boxeador y la dama

por Myrna Loy, Max Baer, Primo Carnera, etc.

ESCLAVOS DE LA TIERRA

Richard Barthelmes, Bette Davis y Dorothy Jordan

2 MUJERES Y 1 DON JOAN

Consuelo Cuevas, Mapy Cortés, Joaquín Bergia, etc.

ALMA DE BAILARINA

por Greta Garbo y Clark Gable.

YO HE SIDO ESPÍA

por Madeline Carroll, Herbert Marshall, etc.

NO SEAS CELOSA

por Carmen Boni, André Roanne, etc.

DESPÍLE DE CANDILEJAS

por James Cagney, Joan Blondell, Ruby Keeler, etc.

AVES SIN RUMBO

por Irusta, Fugazot y Demare, etc.

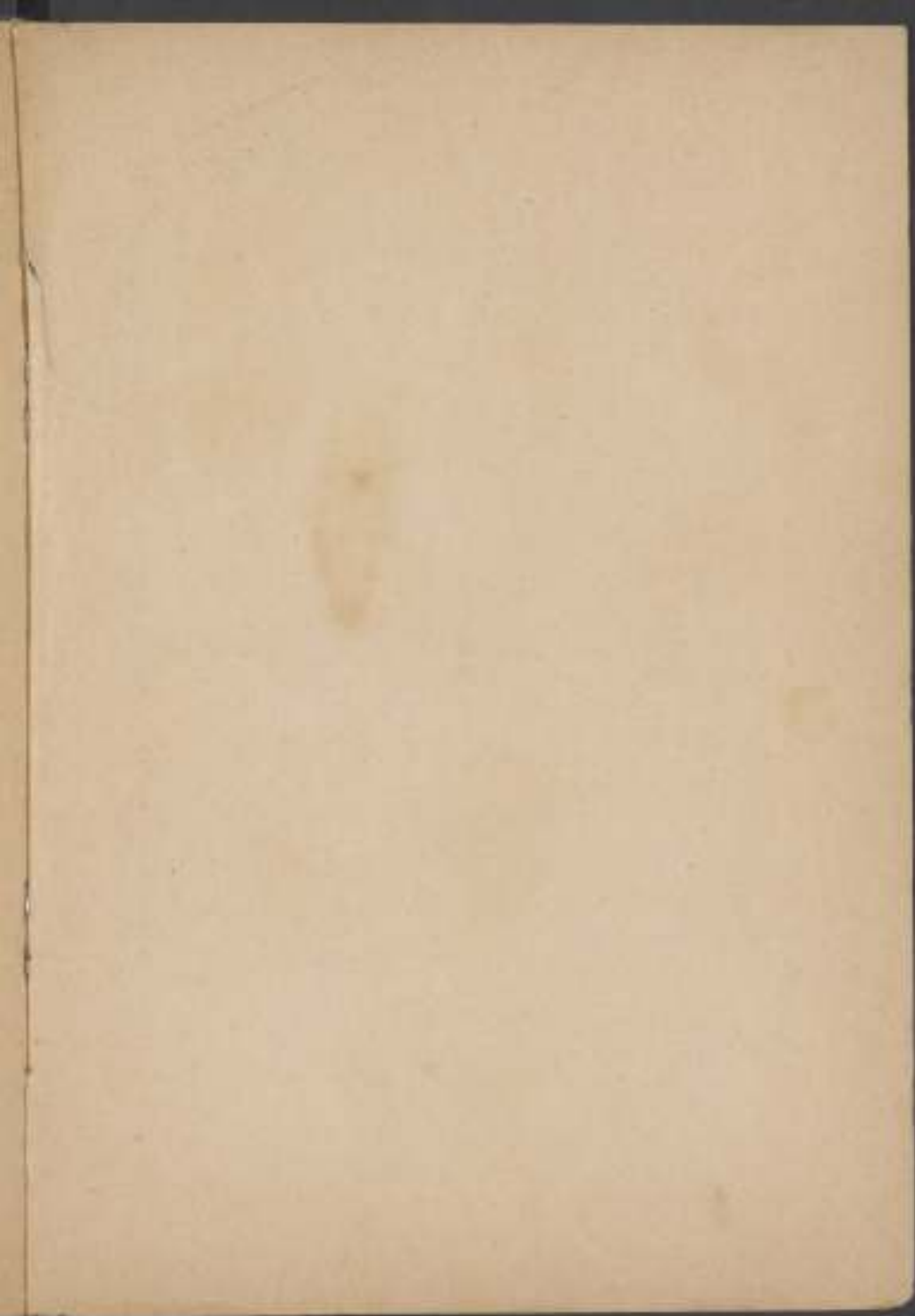
Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Passeig de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.



E. B.

03

Precio: 50 céntimos

